



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Respuesta a Comentarios

Edward Blumenthal

Primero, me gustaría agradecer a Juan Luis Ossa y Fabio Wasserman por sus comentarios generosos, y a los organizadores de este foro por haber permitido mi participación. Los dos han señalado varios puntos que me parecen importantes, no sólo para el propósito más limitado de la situación, sino también sobre el tema de la movilidad política en el siglo XIX más generalmente.

Como señala Ossa, la utilización del término "emigrado" no es sencilla, dado la multiplicidad de términos, como emigrado, desterrado o proscrito utilizados entonces y actualmente, y el riesgo de anacronismo. Este estudio es parte de una investigación doctoral más amplia sobre el exilio y la construcción nacional en Chile y en Argentina en el siglo XIX (2014). En este trabajo más delimitado sobre Copiapó, privilegio el término "emigrado" justamente porque es utilizado por mismos actores (junto con "proscrito" y "desterrado", aunque con acepciones un poco diferentes). La palabra emigrado, tal como era utilizada por los actores rioplatenses y chilenos en el siglo XIX, tiene un claro sentido político, que viene de la revolución francesa. No tiene un sentido necesariamente nacional, pero sí implica un desplazamiento político ("exilio" diríamos ahora, aunque no hubieran utilizado la palabra). (Aprile, 2010; Snzjder y Rongier, 2009)

El ejemplo dado por Ossa de O'Higgins me parece claro en este sentido. Se utiliza "emigrado" para referirse a aquellos que huyeron frente al avance español en 1814, y no necesariamente para los chilenos que ya residían en Mendoza. Los que huyeron en 1814 no pudieron volver sin incurrir en riesgos graves para sus personas, y eso los distinguía tanto de los mendocinos como de los otros chilenos (quienes podían haber sido vecinos). Cómo lo señala Ossa, no significa necesariamente que fueran vistos

como "extranjeros", y la cordillera en esta época servía más para conectar que como frontera (Bechis, et. al., 2001).

Este último punto tiene que ver también con el hecho de que la emigración política se inscriba en flujos migratorios más amplios, que datan de tiempos coloniales. En efecto, los emigrados políticos no eran los únicos originarios de las provincias trasandinas, también se encuentra una gran "masa" de "peones" (como habría dicho Sarmiento), sobre cuyos orígenes podemos sólo especular dada la ausencia de fuentes. Tal como Sarmiento y de Oro sugieren, una combinación de motivaciones económicas (trabajar en las minas) y políticas (las guerras civiles) habría estimulado su desplazamiento. Por lo demás, esta línea borrosa entre emigración política y económica es bastante conocida (Devoto y González, 2001). Calificarlos de "emigrados" o "argentinos" es quizás arriesgado, sin conocer sus motivaciones, pero sí podemos ver claramente los intentos de los emigrados notables para argentinizarlos y utilizarlos en sus luchas políticas.

Así, no utilizo emigrado como sinónimo de nacionalidad, sino para señalar una comunidad de intereses y experiencias. Esto no implica necesariamente que fueran vistos como extranjeros en Copiapó, como intenté demostrar a través de un análisis sobre su participación en la vida política de la ciudad y en los debates entorno de su rol en las milicias. Muy por el contrario, aun entre los 1840 y 1850, esto no implicaba que fueran completamente inasimilables: mi argumento es que justamente se integraban en la vida de Copiapó de manera profunda, de forma similar al ejemplo de O'Higgins.

Sin embargo, al insistir sobre sus calidades de "argentinos" y "emigrados" - de nuevo, conceptos utilizados por los autores - también afirmaban algo sobre su status político. Mi argumento de fondo es que esta tensión, entre integración político-económica y proyecto político anti-rosista, jugó un papel en la evolución hacia una división más neta entre "extranjeros" y "nacionales" en el interior de la ciudad de Copiapó. Este argumento no es cultural, sino que se refiere más bien a las definiciones de la ciudadanía política a la escala local - o sea identidades políticas y no culturales - aunque el proceso acompaña la conocida difusión de ideas románticas sobre la nacionalidad en esta misma época. Así, mi intención no era reivindicar el sentido "nacional" del movimiento de milicias en Copiapó, sino más bien subrayar cómo flujos políticos "transnacionales" contribuyeron a la construcción de las mismas naciones. Por lo demás, he estudiado en detalle la articulación de la construcción de nacionalidades románticas de ambos países gracias a la emigración política, y su papel en la construcción de una idea de "la excepcionalidad chilena", en mi tesis doctoral.

El tema de las diferentes identidades posibles de los actores populares - de clase, regionales, nacionales, personales - es una interrogación importante, planteada por ambos críticos. Es difícil responder, justamente dada la falta de fuentes. Siempre quise acercarme lo más posible a los actores populares, pero fue a la postre imposible de hacerlo directamente. El análisis de los peones se basa en deducciones extraídas de otras fuentes. Dada la imposibilidad de abordar estos actores directamente, quise destacar otro aspecto, a saber, cómo los emigrados notables comprendieron,

utilizaron y nacionalizaron estas otras lealtades, y al mismo tiempo intentar entrever algo respecto al comportamiento de los sectores populares originarios del Río de la Plata. Esta articulación entre la lógica nacional de los emigrados y los flujos migratorios transnacionales marcados por otros tipos de lealtades, es exactamente lo que quería subrayar.

Por lo tanto, estoy absolutamente de acuerdo que las identidades regionales y la adhesión a los caudillos intermediarios son clave. Dados los flujos migratorios, es lógico suponer que estamos hablando de riojanos, tucumanos, y que esta identidad regional jugará un papel tan importante, sino mayor, que la nacional, pero las fuentes no lo permiten averiguar.

Intenté destacar en este artículo - tal vez sin lograrlo completamente - que las lealtades operantes más importantes eran personales y políticas. Por eso, Sarmiento sigue a Nicolás de la Vega a Copiapó; por eso los peones siguen al Chacho o a Álvarez. Aún la lealtad de Sarmiento a Montt puede comprenderse en este sentido. Al mismo tiempo, algunos emigrados - particularmente Sarmiento y sus aliados en Copiapó - siguieron una estrategia que buscaba incorporar estos peones a sus luchas "argentinas". Es decir, captar las lealtades de los peones que originaron allende los Andes - y éste es el punto medular - para incorporarlas en sus propias luchas políticas. Aun entonces, la línea entre las lealtades personales y políticas, por una parte, y lo nacional, por otra, no está desprovista de ambigüedades y tensiones. Pero, en efecto el vocablo "argentino" era empleado con un sentido político que apuntaba a la realización de la constitución de la República Argentina, contra el "tirano" responsable por su exilio.

La utilización del concepto de ciudadanía de residencia intenta ordenar estas lealtades, buscando en las relaciones locales - justamente desprovistas del concepto de nacionalidad - una clave para entender la incorporación de "extranjeros" a aspectos de la vida pública aparentemente vinculados de manera central a lo "nacional": milicias, participación política o servicio en la administración pública. En realidad, en el nivel local, los atributos de ciudadanía y de nacionalidad no estaban todavía asociados, en parte - justamente como Ossa señala - porque la diferencia entre "chileno" y "argentino", sobre todo en las zonas limítrofes como Copiapó o Cuyo, todavía no tenía mucho sentido. Al mismo tiempo - y este es mi argumento central - actores como los dirigentes "argentinos" de Copiapó, al invocar a la "Argentina" para hablar de sus luchas políticas, y orientar corrientes migratorias que se originaban del otro lado de los Andes (frontera entre las nuevas repúblicas), estaban construyendo lo "argentino" y lo "chileno". Es que la estrategia de los dirigentes emigrados de captar el apoyo de los peones, tenía el efecto deseado de definirlos como "argentinos" a los ojos de observadores rioplatenses y chilenos, como se ve en los comentarios del periódico *El Copiapino*. La revolución de 1851, y la participación de estas milicias en ella, contribuyó entonces a la separación de argentinos y chilenos en nacionalidades distintas en el nivel micro de la ciudad. El vínculo entre ciudadanía y nacionalidad parece haberse afirmado más a partir de aquí.

La cita de Benjamín Vicuña Mackenna, protagonista en la sublevación de la Serena y autor de una historia de 1851 un decenio más tarde, constituye una referencia importante al respecto. Vicuña Mackenna insiste justamente en la naturaleza extranjera del "gauchaje argentino". No es necesario aceptar lo que dice como una "verdad revelada". Aunque fuera puramente con el fin instrumental de socavar la legitimidad del gobierno de Manuel Montt, tildándolo de rosista y anti-liberal, el resultado concreto es el de resaltar el hecho de que los emigrados fueron extranjeros y no chilenos.

En cuanto a lo que Ossa sugiere respecto de mi tratamiento de la representación de Sarmiento, considero que puede deberse a un malentendido. En efecto, Sarmiento intenta nacionalizar los peones "argentinos" justamente para legitimarse como dirigente argentino y para que se sumen a su lucha. Creí que esto formaba parte del núcleo de mi argumentación, pero aparentemente no ha quedado del todo claro.

Lamentablemente, por razones de espacio no puedo responder a todas las interrogaciones de los críticos. Sin embargo, espero que este trabajo haya contribuido a comprender cómo los flujos transnacionales han contribuido a la formación de naciones en América del Sur, cruzando las mismas fronteras que se están construyendo, y aclarando los límites de la ciudadanía y el lugar del extranjero a nivel local, en la transición del imperio español a los estados nacionales modernos.